

Serian las doce de la noche, cuando se oyó en las silenciosas calles de Consuegra un gran tropel de hombres á caballo que se dirijian á la casa del príncipe.

El que hacia de jefe llamó.

—Quién va? preguntaron de adentro.

—Abrid, en nombre de S. M.

Los que llegaban temian que hubiera resistencia porque todos tenian las armas listas, pero contra lo que esperaban, las puertas se abrieron y aquellos hombres entraron rejistrando por todas partes.

Al amanecer volvia aquella tropa á ponerse en marcha sin haber encontrado mas que dos cosas notables en la casa.

A Carranza durmiendo en un sitial.

La carta de D^a Laura debajo de otro sitial.

A Carranza lo dejaron libre, porque nadie le conoció.

La carta fué llevada á la corte, como la disculpa del mal éxito de aquella empresa.

XIV.

En donde se prueba que no sin razon dijeron los antiguos *con bien vengas mal si vienes solo.*

ASI en el mismo momento en el que marqués de Salinas volvia á dar cuenta de su desgraciada comision, llegaba á poder de D^a María Ana de Austria una carta del príncipe D. Juan, fechada aún en Consuegra, y que sin duda dejó escrita antes de su partida con encargo de remitirse á la corte.

D. Juan de Austria decia á la reina, que él habria partido para Flandes á no haber acaecido la muerte de D. José de Mallades, que la suplicaba que apartase de España al padre Nitardo, y que él estaba resuelto á no descansar hasta conseguirlo.

La reina al ver esta carta se indignó sobre manera, y dió rienda suelta á su cólera.

—Sebeis padre—dijo á su confesor—que es un verdadero cartel de desafio.

—Tal me parece, y he meditado por el bien de la monarquía y por la tranquilidad del ánimo de V. M. que debiera tomarse ya una medida estrema.

—¿Y cuál creéis que debe ser ella?

—Si V. M. me permite indicarla.

—Hablad.

—Señora, que V. M. me conceda retirarme.

—Retiraros, ¿y por qué?

—Señora, el reino está conturbado, V. M. tiene á cada dia mas sérios disgustos, yo vivo siempre bajo la asechanza del puñal ó del veneno, y la calumnia y la difamacion se ensañan contra mí; ¿cree V. M. que tal situacion puede por mas tiempo prolongarse?

—Esa es una tempestad que combatiremos, y pronto se disipará.

—Señora, permítame V. M. que le diga que esta tempestad es cada dia mas terrible y mas cercana, y que no tenemos ya medios para combatirla.

—Aun nos quedan muchos amigos.....

—Señora, que nos venderán en cuanto puedan, crealo V. M.

—Es decir que no confiais de nadie.

—De muy pocos, señora.

—¿Pero qué pruebas teneis de ello? ¿por qué os miro tan desalentado cuando ayer mismo estábais dispuesto á luchar?

—Señora, porque ayer no sabia lo que hoy he sabido.

—¿Qué cosa?

—Que mis enemigos cuentan con aliados en todas partes; en el clero, en la nobleza, en el pueblo, y lo que es mas, señora, en la cámara misma de V. M. y á su lado.

—¡Imposible!

—Desgraciadamente esto es cierto, y podré probárselo ahora mismo á V. M.

—¿Pues por qué tardais en hacerlo?

—Por temor de causar á V. M. un disgusto.

—Ah! ¿qué mayor disgusto puede haber que esta situacion? dadme esas pruebas; nada es capaz ya de aumentar ese disgusto que va acabando con mi vida.

—¿Y me concederá mi retiro S. M.?

—Veremos: dadme esas pruebas.

El padre Nitardo con mucha calma sacó un papel que entregó á la reina.

—He ahí, señora—la dijo—esplicada la causa porque ni la prision del príncipe ni ninguna otra determinacion ha podido dictarse sin que al punto no llegue á noticia de nuestros enemigos.

—¡Laura!—esclamó la reina acabando de leer la carta y estrujándola con violencia. ¡Laura! esto es infame esa mujer le escribia al príncipe noticiándole cuanto pasaba en palacio: ¿pero por qué? ¿por qué?

—Eso es muy fácil de esplicar. D.^a Laura era la prometida de D. José de Mallades.

—En efecto, teneis razon, es preciso castigar esa deslealtad.

—Antes creo que V. M. deberia esperar, á fin de hacer otro descubrimiento.

—Cuál?

—Recuerde V. M. que solo en idioma aleman hablamos de estas materias delante de D.^a Laura, ella no comprende ese idioma, aquí hay pues otra persona comprometida que traduce á Laura estas conversaciones.

—¿Será D.^a Eujenia?

—Imposible, le respondo á V. M. de la discrecion de esa dama.

—¿En tal caso?....

—¿Está segura V. M. de que D^a Laura no comprende el alemán?

—Casi me haceis dudar con vuestra sospecha; ¿pero cómo averiguarlo?

—De seguro que ella nada dirá si se le pregunta, pero me ocurre un medio si V. M. consiente en él.

—Decid.

—Cuando ella esté aquí hablaré de manera que pueda V. M. conocer si ella comprende, aunque por esto me tomaré la licencia de referir á V. M. una noticia falsa; ¿me lo permitirá V. M.?

—Sí, que de esta manera se sabrá la verdad.

—Entonces dispondré la cosa de modo que la prueba sea completa, ¿y en caso de que la cosa sea tal como yo me la supongo, qué dispone V. M.?

—En ese caso hareis aprehender inmediatamente á D^a Laura; en estos dias debe partir una flota para la Nueva-España y esa dama la enviareis al virey para que sea recogida perpetuamente en uno de los conventos de religiosas de México, si no para profesar si así le convinieren.

—Se hará como V. M. lo ordena.

Aquella tarde D^a Laura estaba en la cámara de S. M. cuando el padre Nitardo se presentó.

D^a Laura estaba triste, pero satisfecha del éxito que habia alcanzado tratando de impedir que D. Juan de Austria fuese preso.

—Señora—dijo en alemán el padre Nitardo á la reina—se han ejecutado ya las órdenes de V. M.

—¿Qué órdenes?—preguntó la reina olvidando lo convenido con el padre.

—Las órdenes respecto de D. José de Mallades.

—Ah!—dijo la reina recordando de lo que se trataba y mirando con disimulo á D^a Laura.

La jóven se habia estremecido.

—¿Y bien?—continuó la reina.

—Hele dicho á D. José—continuó el padre—que V. M. se apiada de él, que todo el reino le cree muerto en el garrote, y que si está dispuesto á partir para la Nueva-España y pasar de allí para Manila ocultando su nombre, V. M. está dispuesta á concederle esta gracia.

D^a Laura creia estar soñando, le parecia que se iba á volver loca y se habia puesto estraordinamente pálida, la reina y el padre la observaban.

—¿Y qué dijo Mallades?—preguntó la reina.

—Acepta lleno de reconocimiento, y esta noche misma debe salir.

—¿A qué hora?

—A la una de la mañana acompañado solo de dos hombres de confianza.

—Me parece bien.

—Pues voy, con permiso de V. M. á ordenar el viaje á la Nueva-España porque mis sospechas eran ciertas.

—Como está ordenado—contestó la reina haciendo una señal afirmativa con la cabeza.

El padre Nitardo salió de la cámara de S. M. y D^a Laura quedó llena de ilusiones y de felicidad.

—D. José de Mallades vivia—pensaba ella—su muerte no habia sido sino una ficcion inventada para hacerle desaparecer.

Vivia D. José de Mallades y D^a Laura tenia esperanzas ya de volverle á ver, le iban á desterrar lejos, muy lejos, á las Filipinas, pero ella le seguiria, tenia él que ocultar su

nombre, ella le ocultaría también, pasaría la vida á su lado consolándolo, animándolo y quién sabe, quizá algún día caería el válido ó cumpliría la edad el príncipe Carlos y entonces volverían á la corte: serían felices. . . .

En todo caso, cualquiera cosa era de preferirse á la muerte de D. José.

La pobre jóven sentía que la felicidad turbaba su pensamiento.

Si la reina y el padre confesor hubieran comprendido la sangrienta burla que hacían á la desgraciada jóven, quizá la hubieran perdonado.

Era aquel caso una especie de sueño de ventura; envuelto en la realidad debía ser espantoso.

Solo una cosa inquietaba á D^a Laura, cómo saber por dónde salía D. José? ¿cómo encontrarle? ¿cómo verle?

Fija en este pensamiento pasó el resto del día, en el que sin embargo, todos conocieron que alguna cosa muy favorable debía haberle ocurrido, porque estaba alegre como en mucho tiempo no la habían visto.

Llegó la noche, y por los alrededores de palacio, se vieron cruzar misteriosamente algunos hombres embozados, que se detenían con curiosidad, procurando reconocer á cuantos encontraban y sobre todo si eran mujeres.

Acababan de sonar las doce, cuando uno de esos hombres pasó al lado de una dama, que cubierta con un velo caminaba seguida de dos escuderos ó lacayos.

La dama se recató un poco, y el hombre pasó adelante; sin embargo, á cierta distancia se detuvo, y comenzó á seguir á la dama.

Otro hombre primero, y despues otros varios, hasta llegar á seis, se incorporaron á él y le hablaron en voz baja.

Entonces salió de una bocacalle otro mas, que preguntó:

—¿Ha pasado?

—Sí, señor—le contestaron—allí va adelante.

—Pues ejecutad lo dispuesto.

Los hombres comenzaron á caminar precipitadamente hasta alcanzar á la dama y á los lacayos, y los rodearon.

—Ténganse á la justicia—dijo uno—¿quién es la dama?

La dama no contestó.

El jefe sacó de debajo de la capa un farolillo que llevaba oculto y apartó violentamente el velo de la tapada.

—¡D^a Laura!—esclamó.

La dama no contestó tampoco, ni pudo conocer al que la hablaba porque tenía el rostro cubierto con un antifaz negro.

—¡Prendedla!—dijo el hombre.

Los lacayos huyeron sin que nadie pensara en ocuparse de ellos, y D^a Laura fué sujeta por aquellos hombres.

Cerca de allí estaba una carroza, los hombres hicieron entrar á D^a Laura, y la carroza bien eustodiada, partió